

nea ó una expresión que sean brutales ó chocantes. Aun cuando la preciosidad naciente no tuviese en su favor sino este resultado y este triunfo del pudor, que no excluye la galantería, sería digna de consideración y estima. No conozco obra que sea más delicadamente lisonjera para las mujeres, y éstas lo comprendieron perfectamente asegurando el éxito de semejante homenaje. Si después le han olvidado, no es porque hayan recibido otros muchos, sobre todo en nuestros días¹.

Después de esta novela tipo nos bastará echar sobre las demás una rápida ojeada de exploración.

En el *Polexandro* de Gomberville, el héroe es un joven rey de Canarias, que descende en línea recta del hermano de San Luis, Renato de Anjou²; por su padre Periandro, muerto entre los turcos, hasta tiene derecho al trono de Constantinopla. Fué educado en las Islas Canarias por su madre Axiamira con su hermana Cidaria. No tenía más que diez años y no había ya quien le sobrepujase en la carrera, en la lucha y, en general, en todos los ejercicios de fuerza y destreza.

Tenía Polexandro trece años cuando se conjuraron los reyes de España y de Portugal para destronarle. Vano empeño, pues los rechazó lo mismo por tierra que por mar; con un solo barco echó á pique dos de los portugueses; recibió un golpe de maza de armas, pero gracias al elixir de su médico Dirceo, no le causó daño alguno. Fué aquél un combate terrible: Polexandro, su médico Dirceo y su gobernador Pinanto fueron los únicos sobrevivientes. Ellos tres solos hubieran fácilmente rechazado á la flota hispanoportuguesa hasta Gibraltar, pero su barco desarbolado los llevó á alta mar; perdiéronse y andaban vogando hacia tres días cuando los atacó un enorme barco de guerra. Si salieron vencidos, no fué fácil la victoria y los vencedores « quedaron asustados de su conquista ». El jefe de los corsarios que era bretón, no pudo menos de admirar que un muchacho de trece años tuviese tal resolución y, para recompensarle, se lo llevó á Bretaña. Ana de Bretaña, que se iba á casar con Carlos VIII, rey de Francia, quedó encantada al ver aquel heroico muchacho; le invitó á sus bodas y el joven salvaje se distinguió en todos los torneos. Carlos VIII y el duque de Orleans, que había de ser más tarde Luis XII, cobraronle el más vivo afecto, pero se vieron contra-

1. En realidad este espíritu caballeresco y de refinada galantería, es el mismo que campea en *Amadis* y en la inacabable serie de novelas que forman su ciclo. (N. del T.)

2. En esta novela, aparecen ya los rencores y malevolencias que suscitaron entre los franceses, los triunfos de los españoles en Italia, que fue largo tiempo campo de batalla en que midieron sus fuerzas unos y otros. (N. del T.)

riados por la llegada de un delegado canario que, en nombre de sus compatriotas, venía á reclamar á su rey. La despedida fué muy cariñosa. Polexandro se dirige á Nantes donde debe embarcarse. Á orillas del Loira oye cantar una voz dulce; es la condesa de Foix que se halla locamente enamorada de los encantos exóticos de Polexandro; disfrázase de músico para tratar de detener al paso al objeto de su amor. Al pasar por las costas de España, Polexandro se venga de los españoles quemándoles varios barcos y pueblos.

Llega á la costa de Marruecos y allí sabe que se anuncia un gran torneo, el torneo de África contra Europa. Abdelmaléc, un marroquí fanfarrón, desafía al mundo entero á que le dispute el corazón de su Alcidiana. No hace falta más para excitar el amor propio de Polexandro. Desembarca el tiempo estrictamente necesario para vencer á Abdelmalec, para apoderarse del retrato de Alcidiana, á quien no ha visto en su vida, y para dar una lección al príncipe Nefiso que había seducido á la hija de un capitán árabe. Iba á marcharse cuando le atacaron unos ladrones dejándole por muerto. Pero no tenían la menor idea de la vitalidad de los héroes de novela. En efecto, hallamos á Polexandro de regreso en las Islas Canarias donde acaba de saber que su hermana Cidaria ha sido víctima de un rapto.

Inmediatamente hace armar un barco y parte de nuevo. Arrójale una gran tempestad á una isla desconocida. Hace establecer sus reales en la costa, y al día siguiente, después de ensillar su más hermoso caballo, parte con algunos amigos para explorar la comarca.

Al cabo de tres ó cuatro mil pasos baja por una pendiente muy suave á unos valles tan deliciosos, ya por las fuentes que corrían en ellos, ya por las praderas esmaltadas de mil flores, ya por los bosquecillos que las rodeaban, que Polexandro creyó que los antiguos griegos habían tenido razón al situar en las islas del mar Atlántico la morada de sus héroes. Si quedó encantado de tan deliciosa mansión, no lo quedó menos al conocer á los que la habitaban. Eran éstos unos pastores tan apuestos y unas pastoras tan bellas y tan elegantemente vestidas que, al verlos, Polexandro se acordó de los caballeros y damas de la corte de Francia; creyó verlos representar alguna pieza de teatro en trajes campesinos.

¡ He aquí en lo que se habían convertido las salvajes y calcinadas regiones de las Islas de Cabo Verde!

Encontró allí á la hermosa Alcidiana bajo los rasgos de una joven cazadora disfrazada de ninfa. Ahora bien, Alcidiana era hija de Alcido y de Diana, hermana de Eduardo II de Inglaterra; en unas ruinas descubiertas por una inundación del río de Arzilea, leyeron una profecía que predecía el matrimonio de Alcidiana y de Polexandro. Esta mujer era tan perfecta que su amante acusaba á los ciervos « de una estupidez

más que brutal al esquivar la gloria de ser atravesados por las flechas de su dama » ; hubiera á veces deseado hallarse en su lugar.

Numerosas peripecias van retrasando y preparando el matrimonio final de Alcidiara y de Polexandro.

La geografía, los viajes, las exploraciones en países incógnitos y remotos formaron en un principio el principal atractivo de *Polexandro* y de las novelas similares que encantaron al público de 1630 á 1640'. La historia no tardó en reclamar sus derechos, y el *Gran Ciro* señala por decirlo así su advenimiento á la literatura. Esta novela es obra de la fecunda Srta. de Scudéry que compuso también la larga novela del *Ilustre Bassa* en que figuran Carlos Quinto, Fiesco y su conjuración, Bayaceto, Roxelana, Tamerlán Solimán y otros muchos.

El *Cran Ciro*, ó *Artamenes* es una mezcla extraña de verdades históricas, desfiguradas con gigantescas ficciones. Trátase en efecto del conocido rey Ciro. Se nos dan los más precisos detalles acerca de su familia y de su historia; es hijo de Mandana, sobrino de Ciaxares, nieto de Astiages, que destruyó el imperio de Cresos y declaró la guerra á Tomiris, reina de los Masagetes.

Esta misma exactitud contribuye á poner más de relieve las monstruosas invenciones en que naufragan algunos detalles verídicos. Nadie reconoce á Ciro en el elegante señor que lleva casco con grandes plumas y guantes perfumados. Ha tomado el fingido nombre de Artamenes para librarse de las persecuciones de su abuelo á quien han llenado de terror los magos; hele aquí en Sinope, perdido entre la multitud que rodea el templo de Marte, y deslumbrado por la aparición, en el cortejo real, de la bella Mandana, hija de Ciaxares, rey de Capadocia.

Era ésta seguramente una princesa perfecta cuya elegante y noble postura admiraban todos; caminaba con majestad modesta, su seno rivalizaba con el alabastro, y tenía los ojos azules pero de mirar tan brillante y dulce, y tan llenos de pudor y encanto, que era imposible verla sin sentir respeto y amor; agréguese á esto una boca encarnada, dientes blancos iguales y bien puestos, y una tez tan suave y tan rubicunda que no podía dar sino imperfecta idea de su hermosura la lozanía de las flores de la primavera. Comprenderáse fácilmente que el falso Artamenes tratase de hacer todo lo posible por agradarle, salvando

1. Recuérdese que, al aparecer el *Quijote* en 1605, reinaba en todas las clases sociales la afición á las novelas de aventuras disparatadas y fantásticas. No hay más que leer el curioso inventario que hizo el cura de la biblioteca de *Don Quijote*. (N. del T.)

dos ó tres veces la vida al padre de Mandana, brillando en todos los combates, matando siempre y no saliendo nunca herido; al fin conquistó de tal modo las simpatías de Ciaxares que éste rogó á su salvador que fuese á Ancira á distraer á la princesa, entregándole de su parte la siguiente carta :

Ciaxares, rey de Capadocia y de Galacia,
á la princesa Mandana, su hija.

« Habiéndome salvado la vida el portador de mi carta, he creído no poder anunciaros más agradablemente el peligro de que me he visto libre que enviándoos la misma persona que me ha salvado de él. Y juzgo que no puedo emplear un medio más poderoso para detenerlo á nuestro lado que pidiéndoos que se los supliquéis. Quieran los dioses que todos mis capitanes se le parezcan; y ya que no me es posible hacerle mi súbdito, procurad á lo menos hacer de él mi amigo. »

Encargo delicado y que no debió resultar muy desagradable á juzgar por el gran dolor de que Mandana hizo pública muestra cuando corrió la falsa noticia de la muerte de Artamenes. Pero no era éste más que el primero y más insignificante sinsabor de ambos amantes. Entonces fué cuando empezaron sus trabajos: Mandana fué robada y cayó sucesivamente en poder de diversos raptos á quienes Ciro se fué entreteniendo en castigar. Mandana no le dejaba vagar en esta tarea: fué el primero el rey de Siria, que se alía á Ciro cuando le arrebató su cautiva, Mazaro, príncipe de los sacios; llégale después el turno al rey del Ponto que se refugió con su presa en la corte de Cresos rey de Lidia, lo cual dió lugar á la destrucción del reino de Cresos por Ciro. El rey del Ponto hubiera recibido seguramente el cruel castigo de su felonía. Pero aquel hombre hábil se hacía invisible gracias al anillo de Giges, que le salvó la vida; no pudo impedir sin embargo que le fuese arrebatada Mandana por Arianto, hermano de la reina Tomiris. Ésta amaba sin esperanza al hermoso Ciro y tuvo el placer de mantener cautiva á su rival y de hacer sumergir en su presencia, en una cuba llena de sangre, una supuesta cabeza de Ciro. Para colmo de desdichas fué hecho prisionero el mismo Ciro, y la celosa Tomiris no hubiera dejado de hacer apuñalar á los dos amantes, si el impetuoso Ciro no hubiera logrado desarmar al guardián de su prisión y dar muerte á todos los masagetes. Maravillada Tomiris de tanta audacia apenas tuvo tiempo de huir, y Ciro volvió á la ciudad de Ecbatana con su Mandana restituida á la libertad. El día de la boda reunieron todos sus parientes en sus manos los reinos que poseían, y de esta suerte se realizó el oráculo que llenó de espanto á Astiages, al nacimiento de Ciro, y que aseguraba al joven príncipe la monarquía universal.

Si se quiere encontrar en otra parte que en el *Gran Ciro* una apariencia de verdad histórica ó de observación, no hay que buscarlo en los diez volúmenes de la *Clelia*, que aparecieron sucesivamente de 1656 á 1660 con el nombre de Jorge de Scudéry, hermano del verdadero autor. Únicamente los nombres son históricos. La acción, prolongada hasta más no poder, apenas conserva la unidad necesaria para ligar las historias accesorias entre sí, tales como la historia de *Artemidoro*, la de *Cesonia*, la de *Herminio y Valeria*, la de *Temisto y de la princesa Lindamira*, la de *Cloranisbe y de Lisonice*, etc.

El número de actores es tal que sería preciso un hilo de Ariadna para poner en claro el laberinto de sus genealogías. A lo mejor cree Aroncio que es hijo de Clelio y de Sulpicia, pero no tarda en averiguar que no hay tal; descubre más tarde que Porsena es su padre y Galerita su madre; más adelante Mecencio, que no conoce aún este detalle, pretende casar á Galerita con Aroncio; no hay que perder tampoco el hilo en medio de los amantes de Clelia; hay que distinguir los amantes temporeros como Sexto Tarquino, que la deja por Lucrecia, ó como Horacio que la deja por Valeria, de los amantes perpetuos como Adherba ó Aroncio, ni de los amantes culpables como el rey Tarquino á quien recuerda sin cesar la moral y el deber su esposa Tulia, cuyos legítimos celos cuida de excitar Amílcar. Por lo que hace á Clelia, aunque á su lado, la Celimena de Molière nos parezca la más desdeñada de las mujeres bonitas, opone victoriosamente á tan numerosos ataques, una virtud que sería problemática á no ser por la seguridad del autor.

Buscar algún recuerdo de las costumbres romanas en esta novela sería tan inútil como buscar el Loira en el mapa del *Amor*. Todos los personajes son individuos del siglo de Luis XIV, y la Srta. de Scudéry no tuvo nunca la intención de disfrazarlos á la antigua. Todo el mundo sabe que Luis XIV, en su juventud, representa á aquel Alcandro « que hacía presagiar que sería un día uno de los más grandes monarcas »; Cleonino, en su palacio de Valterra, representaba á Fouquet en sus dominios de Vaux, y hasta figuraba en la obra su escudo de armas; reconocíanse fácilmente á Scarrón y su mujer en Scauro y Liriana; el elogio del cardenal Mazarino no se halla velado en manera alguna; sabíase que Damo, la hija de Pitágoras, tenía mucha analogía con Ninón de Lenclos, lo mismo que madama de Rambouillet con la princesa de los Leontinos; la misma Srta. de Scudéry se complacía en dar como retrato suyo á Arricedia, en la que « se aliaban una gran bondad,

ingenio natural y carácter agradable, que suplían las ventajas de la belleza, de la edad y de la fortuna ».

¿Cómo pues vestir y hacer vivir á la romana á personas tan conocidas y contemporáneas? Por eso no tienen nada de romano ni de agreste. La princesa de los Leontinos tiene un salón donde se dibujan mapas del país del Amor y donde se discuten máximas contradictorias: « Cuando en amor el sufrimiento excede al placer y se reconoce que el yugo á que uno se ha sometido es demasiado pesado, hay que librarse de él; pero se está siempre obligado á la mayor discreción; no debemos nunca insultar el altar en que hemos sacrificado; ya basta con abandonarlo », ó: « Es preciso no haber conocido nunca el amor para creer que es posible renunciar á los sentimientos que nos ha inspirado una hermosa. Quien deja de estar enamorado no lo ha estado nunca », etc.

El feroz Bruto responde á la tierna Lucrecia, que comunicaba á la reunión dos versos griegos de Focílides traducidos en latín:

Qu'il serait doux d'aimer, si l'on aimait toujours!

Mais, hélas! il n'est pas d'éternelles amours¹,

con este madrigal de los más perfectos, que complacía grandemente á Boileau:

Permettez-moi d'aimer, merveille de nos jours,

Et vous verrez qu'il est d'éternelles amours².

El asesino de Tarquino sobresalía en el género dulzón.

Cuando los personajes no saben en qué perder el tiempo, se entregan á juegos divertidos; cada uno tiene que decir lo que más ambicionaria y todos proclaman que su más ardiente deseo sería el ser correspondidos por la dama de sus pensamientos.

Fuera de algunos hechos generales, que se relacionan bien poco con la novela misma, no hay en ella más que los nombres propios de personas y ciudades que sean históricos; pero estos apelativos romanos sólo tenían sentido en los salones de las Preciosas que á cada paso cambiaban de nombre para llamarse Artenice ó Safo, Cleomira ó Cornelia.

Clelia es la reproducción eterna del mismo clisé: las innumerables peripecias porque atraviesa un amante lleno de abnegación en busca de su amada perdida pero fiel.

1. Véase la traducción, pág. 367.

2. Véase la traducción, pag. 367.

ni eb esjatsv zel nuilqas dup estradabls rebatrs y laritca sitatni
bellera, de la edad y de la fortuna * * *

En la *Ariadna* de Desmarets, Nerón ama sin ser correspondido, á una siracusana que ama á su vez al siracusano Melinto. Hallábanse ambos en Roma: Ariadna había acudido á unirse con su amigo que había caído repentinamente enfermo. Habiéndose fijado Nerón en su hermosura creyó que, para conquistarla, bastábale seducirla con lujo aparatoso, hizo adornar, en el templo de Diana, la sala de los baños, el día en que fué Ariana á purificarse. Pero la estratagema fracasó. En vano había preparado una escena mágica de apariciones. La más bella comedianta de Roma debía presentarse en figura de Diana, y el favorito de Nerón debía aparecer, vestido de Dios, para dar órdenes celestiales. Ariadna entra en el baño y se encuentra con una decoración de ópera. Admira la riqueza de la *mise en scène*, el lecho cuyas colgaduras eran de púrpura ricamente bordada, los gruesos tubos de oro que se podían abrir y cerrar, y de uno de los cuales salía agua caliente y del otro agua fría, el aparador cargado de vajilla de oro enriquecida con diamantes, rubies y esmeraldas, los muebles soberbios, y gran cantidad de ropa blanca para la salida del baño. Después de pasear su vista por todas aquellas maravillas y mientras hace sus abluciones, óyese suave música, y aparece de repente una diosa en las nubes, la cual le anuncia que va á enviarle un dios. Éste no tarda en aparecer y ordenarle que se entregue á Nerón. Pero Ariadna, que es muchacha lista, reconoce al favorito del emperador en el falso dios, empieza á dar gritos y se oculta en el lecho. El falso dios llama entonces á seis amores, es decir á seis robustos mocetones que agarrotan á la joven.

La sacerdotisa, que ignoraba todos estos preparativos, acude y echa á la calle á los amores, al dios y á la diosa. Había resultado el golpe en vago. Sabía Nerón que Ariadna irritada debía abandonar muy en breve la ciudad de Roma; para sorprenderla antes de su marcha, hizo prender fuego al barrio en que habitaba la esquiua joven; si el fuego se extendió por toda la ciudad, no fué culpa suya; tal fué la causa de aquel incendio famoso¹.

El asunto de *Faramundo* de la Calprenède (1661) es también histórico. Si Faramundo guerreó á orillas del Rhin, fué sin duda por librar á la Galia del yugo romano. Pero se había visto atraído hacia aquella parte

1. Un ilustre novelista moderno, Sienkiewicz, en su célebre novela *Quo Vadis?* ha pintado de un modo admirable este incendio. (N. del T.)

por la vecindad de la hermosa Rosamunda, princesa de los cimbrios, contra la que se veía obligado á defender sus fronteras y á la que esperaba cautivar con su atrevimiento, su valor y sus hazañas. Fué tan bravo y tan imprudente que cayó prisionero, y la reina, llena de admiración, le devolvió la libertad. Si no se casaron en seguida, fué porque otro tirano más imperioso y más poderoso que el amor, es decir el honor, prohibía á Rosamunda que se casase con el asesino de su hermano Teobaldo. Y aquí se acaba la novela.

Para darle más interés, cada uno de los guerreros que rodean á Faramundo, refiere ó hace referir por su escudero su propia historia, con lo cual se llenan cumplidamente siete grandes volúmenes de ochocientas páginas cada uno¹.

Pedro d'Ortigue de Vaumorière recogió piadosamente la pluma de las desfallecidas manos de la Calprenède y, en otros cinco volúmenes más, supo llevar á buen fin la boda del rey de los francos con la reina de los cimbrios.

La *Cassandra*, muy anterior (1642), y debida al mismo la Calprenède, era el cuadro modernizado de la corte de Alejandro y de Darío. Ambos se muestran muy finos, refinados, galantes y empalagosos, como podían serlo los concurrentes á la Cámara Azul. Alejandro, después de la derrota de Darío, de cuya hija Estatira se halla enamorado, lleva sus escrúpulos, antes de arriesgarse á pedir su mano, hasta dejar transcurrir el tiempo legal del duelo y « á fingir que pasa dos ó tres horas por día llorando con ella en la triste morada ». ¡Y qué mujer tan distinguida es la reina de los persas, Sisigambis! ¡Y qué bien habla Lisimaco! ¡Qué graciosa mezcla de vergüenza y de placer se observa en Talestris, cuando su amiga Oritia le descubre que es un hombre disfrazado y cuando se hace reconocer por Orontes, renovando la escena ya vista entre Astrea y Celadón! Generales de Alejandro ó mujeres orientales, todos se muestran amables y perfectos. Todos imitan á su gran modelo, al Gran Alejandro que distribuye el tiempo entre el cuidado de « triunfar de una cruel », ó « de obtener un favor », y el de « prodigar las más tiernas asiduidades amorosas con la mayor confianza, generosidad y calma ».

Paralelamente con estas novelas en que aparecía la realidad deformada por el afán de idealizarla, de embellecerla y de adornarla con todas las gracias de la galantería más delicada, así como también de

1. Es este procedimiento muy usual en los libros de caballería, como puede verse en *Don Quijote*. (N. del T.)

darle cierta gracilidad aristocrática y cierta elegancia, — publicábanse novelas de un género enteramente distinto que alteraban igualmente la verdad, pero con el propósito de afearla, de ridiculizarla y de exagerarla con todos los procedimientos de la caricatura.

Su estudio, que nos conduce hasta el reino de los burlescos, nos hace salir del círculo de las Preciosas para pasar al campo de los burgueses.

Hallamos en éste novelas alegres, grotescas y satíricas representadas por tres tipos que revelan por completo el género y carácter de las mismas: el *Franción* (1622), la *Novela cómica* (1651), y la *Novela burguesa* (1666).

Abramos primero el *Franción* de Sorel.

« Era éste un hombrecillo regordete, con una gran nariz afilada, corto de vista, de unos cincuenta y cuatro años y que parecía muy melancólico aunque no lo era », según las señas que de él nos da su ilustre amigo Guido Patin en una carta á Falconet, de 25 de noviembre de 1653. Por la misma época nos dice en otra carta á Carlos Spón, cuál era el carácter del escritor :

Es hombre de muy buen sentido y taciturno; solo yo le hago hablar y solo le gusta conversar conmigo. No soy tan sabio como él, pero tenemos el mismo carácter y somos de la misma opinión en casi todas las cosas; no es ni santurrón, ni Mazarino, ni Condé. Desde el 4 de julio del año pasado, en que perdimos al bueno de Mirón, que era su amigo íntimo, no me habla nunca de él sin que asomen las lágrimas á sus ojos á pesar de que es muy estoico.

No de otra suerte nos figuramos al escritor, al ver su retrato grabado por Miguel l'Asne. Después de la persona, el mismo Guido Patin nos retrata al escritor en la citada carta á Falconet :

El Sr. Carlos Sorel ha hecho muchos libros franceses, entre otros *Franción*, el *Pastor extravagante*, la *Historia de Francia* y una *Filosofía universal*. Aún le quedan veinte volúmenes que publicar y desearía saliesen á luz antes de morir, pero no puede con los impresores. Está muy delicado y le veo con frecuencia enfermo. Sin embargo vive cómodamente, porque es muy sobrio. Es hombre de muy buen sentido y taciturno, nada santurrón ni Mazarino.

Completemos estos últimos informes, repetición de los dados á Spón, con los que nos suministra su rival Furetière en la *Novela Burguesa*. En ella maltrata á su antiguo amigo¹ Carlos Sorel, bajo el transpa-

1. Furetière y Sorel, antes de reñir, se habían tributado mutuos elogios, el primero en su *Novela Alegórica* (1658), y el segundo en su *Biblioteca francesa* (1664).

rente nombre de Charroselles, de quien traza el siguiente retrato, no muy favorecido :

Aquella nariz á la que con justo derecho podía llamarse Su Eminencia, y que estaba siempre revestida de púrpura, había sido hecha al parecer para un coloso; sin embargo se la habían aplicado á un hombre bastante pequeño¹. No quiere esto decir que la naturaleza hubiese hecho perder nada á semejante hombrecillo, porque lo que le había hecho perder en altura se lo había recompensado en gordura; de suerte que no le faltaba carne, pero estaba mal arreglada. Su cabellera era la más desagradable del mundo y sin duda, refiriéndose á él, había dicho un satírico bosquejando el retrato de su cabeza : « Vense en su puntiaguda cabeza cabellos cerdosos, fuertes, nerviosos y erizados que se mezclan y entrecruzan y en los que en vano intentaría el peine abrirse camino con sus dientes. » Por eso no se peina nunca más que con los dedos; y esto lo hace donde quiera que se halle. Su piel era granujienta como la del marroquí y su color moreno se veía realzado por numerosos y rojos granos. En general tenía cara de sátiro. Su boca era grande y sus dientes muy agudos, y estaban admirablemente dispuestos para morder. Vagaba siempre por sus labios una risa insubstancial cuya causa ignoro, á no ser que tuviese por objeto enseñar los dientes á todo el mundo. Sus ojos, grandes y abotagados, tenían algo más que la particularidad de ser saltones. No falta quien crea que así como la gente se asoma á los balcones saledizos para descubrir más campo, así le había puesto la naturaleza aquellos ojos casi fuera de la cara para descubrir todo lo malo que hacían los demás. Jamás hubo hombre más maldiciente y envidioso; para su gusto no había nada bien hecho. Si le hubieran pedido consejo en el momento de la creación, no veríamos nada de lo que hoy vemos. Jamás he visto mayor reformador, para poner las cosas peor. Y todo lo bueno lo corregía para convertirlo en malo. No hay reunión de hombres ilustres que no haya tratado de desacreditar; y aún, para ocultar mejor el veneno, hacía como que alababa, cuando en realidad censuraba, semejante á esos animales dañinos que, cuando creen acariciar, arañan; porque no podía sufrir la gloria de los demás. Su vanidad había aumentado gracias á la reputación que le conquistaron en su juventud algunas obrillas que tuvieron alguna venta.

Esta página llena de odio suministró á Sorel ocasión para demostrar su ingenio. En su segunda edición de la *Biblioteca francesa* (1664), no borró los elogios que había tributado á Furetière antes de la *Novela Burguesa* (1666) y fingió no darse por aludido en la pintura de Charroselles. Guido Patin tenía razón : « era hombre de muy buen sentido ».

Carlos Sorel, señor de Souvigny, era hijo de un procurador de París y pretendía descender de la misma familia que la célebre Inés. Ya hemos visto que Guido Patin le da cincuenta y cuatro años en 1653. Por otra parte, Sorel dice de sí mismo, en su nomenclatura de los libros

1. Recuerda este rasgo el célebre soneto de Quevedo :

Érase un hombre á una nariz pegado.

(N. del T.)